

# Consideraciones en torno a los valores culturales estadounidenses y su impacto en la frontera mexicana

Angela Moyano Pahissa

Un estudioso de la frontera describe: “La característica que quizás defina mejor a la frontera norte de México es la proporción considerable de mexicanos que consumen y utilizan los recursos y bienes culturales norteamericanos”.<sup>1</sup>

Los análisis sociológicos son los que dan el cuadro de la situación de una comunidad en cuanto a su modo de vida. De ahí que desde hace algún tiempo leemos de la preocupación por el estado de la cultura mexicana en la frontera. En el interior del país se especula frecuentemente acerca de su identidad. Hay algunos periodistas, sociólogos, historiadores y políticos, que llegan hasta afirmar que es un área ya más “gringa” que mexicana. Es ahí, que a mi parecer y no obstante lo que arrojen los análisis sociológicos del momento, que lo más importante es definir claramente las diferencias entre la cultura norteamericana y la nuestra. Para ello, necesariamente hemos de remontarnos a los orígenes de ambos países y establecer una especie de cuadro de diferencias que quizá iluminen las actitudes actuales. Es al ver el origen y constatarlo con el cambio que sabremos si existe o no un concepto de identidad en la frontera. En esta instancia la perspectiva histórica puede servir para apoyar los análisis sociológicos. Los datos históricos, dicen Cahman y Boskoff en su estudio *Sociología e historia*,<sup>2</sup> son indispensables para que surja una teoría sociológica válida.

No podemos definir a nuestra frontera sin analizar algunas características angloamericanas que se ciernen sobre ella desde su origen. A nadie escapa, por supuesto, que la influencia de la cultura norte-

<sup>1</sup> *América Indígena*, México, Instituto Indigenista Interamericano, vol. XXXI, no. 2, abril, 1971, p. 311.

<sup>2</sup> Cahman y Boskoff, *Sociología e historia*, Londres, Collier-McMillan, 1964, p. 159.

americana se extiende en la actualidad al mundo entero, pero no existen comunidades cuyos grupos mayoritarios se encuentren en tan grande dependencia económica y cultural con los Estados Unidos como las comunidades fronterizas mexicanas. Lo que quizá sea más trascendente es el hecho de que esas personas, tan dependientes del país vecino, no conozcan, en su inmensa mayoría, más que los aspectos superficiales de la cultura norteamericana, al igual que los angloamericanos desconocen la mexicana. La base del problema consiste en indagar las consecuencias culturales y sociales de vidas que dependen de una cultura poco conocida. Uno se pregunta si el problema intrínseco de la frontera no consistirá en que millones de personas de culturas diferentes vivan en estrecho contacto, conociendo sólo los aspectos superficiales de la cultura de sus vecinos.

Cualquier intento para comprender las relaciones culturales en la frontera debe tener una base que trate de dilucidarlo. Debe apreciarse que la única manera de obtener una visión más o menos clara es la de apuntar las diferencias culturales entre los dos países. Para eso hay que remontarse necesariamente a los inicios de su colonización en un esfuerzo por establecer una especie de cuadro de diferencias que, quizá, iluminen las actitudes actuales. Fue en esa etapa de la historia cuando empezaron a forjarse dos naciones diferentes que por consiguiente abordarían los mismos problemas con puntos de vista diametralmente opuestos.<sup>3</sup> Aquí quisiera hacer un paréntesis: aunque voy a hablar de épocas pasadas, las características a las que me voy a referir siguen siendo vigentes. Un buen ejemplo de ello es el folle-

<sup>3</sup> Angela Moyano Pahissa, *México y Estados Unidos: orígenes de una relación*, México, SEP, 1987, Frontera, p. 15.

to que el Washington International Center obsequia a los profesores y estudiantes extranjeros becados en los Estados Unidos por diferentes instituciones. El folleto se titula "The values Americans live by" y en él se da una lista de trece valores o características comunes a la mayoría de los norteamericanos; la persona que sabe historia de los Estados Unidos reconoce que casi todas se derivan del pasado.

La primera colonia en lo que sería el territorio de los Estados Unidos se fundó en 1607. La Nueva España para esa fecha contaba con más de ochenta años de vida. Su mundo indígena llevaba recorrido un buen trecho de lo que sería un largo proceso de mestizaje cultural. Por el contrario, las primeras colonias de los Estados Unidos fueron completamente inglesas desde sus inicios; el mundo indígena fue totalmente rechazado. Establecieron un ámbito inglés y los inmigrantes que obtuvieron bienestar en ese mundo lo hicieron al recurrir a una adaptación completa. A través de la historia del pensamiento y la cultura norteamericana prevalece la veneración por Inglaterra.<sup>4</sup> Excepto durante el periodo de la independencia es larga la lista de personajes norteamericanos que han hecho hincapié en su herencia inglesa. Desde el principio lucharon por conservar instituciones políticas inglesas tales como el gobierno representativo, la ley común, el sistema de jurado popular, la supremacía de la ley, el sistema de impuestos, y la subordinación del ejército a la autoridad civil.<sup>5</sup> A finales del siglo diecinueve todavía se seguía insistiendo en que aun a pesar de la intensa inmigración no inglesa esa herencia seguía siendo predominante. Las personas que se relacionan con

<sup>4</sup> Edward M. Burns, *The American Idea of mission*, Nueva Jersey, Rutgers University Press, 1957, p. 41.

<sup>5</sup> *Ibidem*, p. 42.

la sociedad norteamericana, triunfan en el grado en que se adaptan a los valores y modo de vida anglo-americana. Su famoso *melting pot* es un mito. De ahí que en las regiones fronterizas mantengan sus relaciones a nivel comercial ya que de acuerdo con su filosofía utilitaria están interesados sólo en el aspecto pragmático del intercambio. Según nos dice el informe ya citado muchos norteamericanos no se preguntarían si una actividad sería divertida sino “¿qué puedo ganar de esta actividad, me dará algún dinero? Las consideraciones prácticas son las que tienen las prioridades más altas” (p. 8). Sus acciones son moralmente buenas si producen utilidad o placer y malas si acarrearán dolor o perjuicio según el viejo utilitarismo inglés (Basave 284). De ahí el desinterés con que ven al intelectual.

Como parte de su herencia inglesa está la creencia de ser un pueblo elegido; desde que Inglaterra en el siglo XVI se decidió por el protestantismo no hizo más que buscar pruebas que le confirmaran que Dios era protestante e Inglaterra el nuevo pueblo elegido. No sólo como protestantes sino como anglosajones, ellos tenían derecho a conquistar al Nuevo Mundo para redimirlo. Circularon folletos alrededor de 1580 que acusaban a los españoles, con quienes tenían pleito desde la Reforma, de ser una raza mezclada: “La perversa raza de esos medio visigodos... esos demimoros... semijudíos... y semi-sarracenos...”.<sup>6</sup> Por lo tanto otra característica a la que se enfrentan las relaciones entre norteamericanos y mexicanos en nuestra frontera norte es el racismo de los norteamericanos, heredado de sus tradiciones culturales... “los norteamericanos blancos generalmente han considerado a los llamados

no-blancos como especialmente inferiores y no aceptados como socialmente iguales”.<sup>7</sup>

Los ingleses confirmaron su superioridad con la derrota de la Armada Invencible española (1588). Desde entonces hasta la fecha el mundo hispano ha sufrido y sufre de las consecuencias de la Leyenda Negra urdida por Holanda e Inglaterra. Para poder explicar en qué consistió la Leyenda Negra y en un afán por resumir un tema singularmente complejo preferimos citar al profesor Powell en su libro *El árbol de odio*: “la premisa básica de la Leyenda Negra es la de que los españoles se han manifestado a lo largo de la historia como seres singularmente crueles, intolerantes, tiránicos, oscurantistas, vagos, fanáticos, codiciosos y traicioneros”.<sup>8</sup> A la fecha, nuestros fronterizos siguen siendo objeto de esa visión particular.

La actitud antihispana a la que nos referimos apareció a finales del siglo dieciséis, durante el reinado de Isabel y continúa hasta nuestros días. Varios son los autores que han examinado el problema de las relaciones entre México y Estados Unidos y pocos los que se remontan hasta los orígenes. Aquellos que lo hacen muestran cómo el problema fundamental es el de los prejuicios mutuos (Bosch, Ortega, Schmitt, etc.). Son actitudes enraizadas en ambas tradiciones culturales que si no es posible destruir hay que entender. El conocimiento de la tradición cultural heredada por los norteamericanos del siglo diecinueve, época en que se iniciaron nuestras relaciones, nos explica en gran parte su comportamiento. Las causas de nuestros problemas están profundamente basadas en el pasado. Es así como

<sup>6</sup> Philip Powell, *El árbol del odio*, Madrid, ed. José Porrúa, Turanzas, 1972, p. 108.

<sup>7</sup> S. Dale McLemore, *Racial and ethnic relations in America*, Boston, Allyn a Bacon, 1983, p. 7.

<sup>8</sup> *Ibidem*, p. 15.

se entienden los diarios de los primeros norteamericanos que visitaron nuestra frontera, allá por los años del principio del siglo diecinueve. Apenas llegados reproducían los conceptos heredados de la Leyenda Negra y acusaban a los novohispanos y



Gerardo Aguilar

después a los mexicanos de los mismos defectos atribuidos a los españoles.

Por lo que hemos visto, sabemos que los ingleses que vinieron a fundar las trece colonias trajeron como parte integral una fuerte herencia antihispana, una actitud de superioridad racial y la creencia de ser los predilectos de Dios. Ese sentimiento se convertiría en certeza de ser el pueblo elegido con la llegada de ingleses calvinistas a tierras americanas, concretamente a la Nueva Inglaterra.

Por motivos de cantidad y calidad, el grupo de calvinistas que incluía a los llamados puritanos de Nueva Inglaterra, a los presbiterianos escoceses y a los reformados, fue el grupo de más influencia en la formación de los Estados Unidos. A través del estudio de su historia se ha insistido en que el espíritu calvinista o puritano fue el mayor determinante en la cultura norteamericana. No se puede comprender la historia de Estados Unidos y la de sus relaciones con otros países si se desconoce esa herencia. El mito cultural más antiguo de la historia de los Estados Unidos es herencia de los puritanos de Massachusetts, el de haber organizado "la ciudad erigida sobre una colina" que regeneraría al mundo y sería su máximo ejemplo.<sup>9</sup> De ahí que los norteamericanos de las regiones fronterizas vivan, quizá con mayor intensidad, su vocación didáctica. De ahí también el choque cultural cuando sus vecinos mexicanos se niegan a comportarse como dóciles alumnos.

El hombre calvinista se sentía elegido por Dios para transformar al mundo. Como tal, debía ser industrioso, pues según su teología esa era la única manera de glorificar a Dios y obtener el éxito indis-

<sup>9</sup> Loren Baritz, *Backfire*, New York, Ballantine Books, 1981, p. 10.

pensable para considerarse salvado. Lutero escribió que trabajar era orar y los calvinistas añadieron que sus fieles debían ser miembros provechosos para la comunidad.<sup>10</sup> Esa obsesión con el trabajo fue uno de los pilares de la comunidad Puritana original. En una mente desocupada andaba el diablo, decían. Sus principios básicos eran “Trabajo y Piedad”; por lo que la ley contra la pereza era severa, una de las más drásticas de su código. En la citada lista de “valores norteamericanos”, compilada por el Washington International Center para estudiantes y profesores extranjeros, llaman a la creencia en la ética del trabajo “la orientación norteamericana hacia la acción y el trabajo” y añaden que “para los norteamericanos es una rutina el planear y programar un día extremadamente activo”. La gente, dice el informe, “cree que es ‘pecaminoso’ perder el tiempo o dedicarse al ocio”.<sup>11</sup> Exactamente lo mismo que decían los calvinistas o puritanos de Boston en el siglo diecisiete. Esa actitud ha creado entre ellos innumerables personas con el vicio del trabajo, lo que llaman *workaholics*. En resumen, según el informe, la mayoría de los norteamericanos cree que las actividades recreativas deben ocupar una pequeña parte de la vida. Aun cuando el mexicano fronterizo asevera ser más trabajador que sus compatriotas del interior está muy lejos de compartir la visión de sus vecinos.

La creencia en el deber de trabajar fue una herencia tan profunda que observadores del carácter norteamericano están de acuerdo en que una de las faltas más graves para su mentalidad era y es la pérdida del tiempo. El tiempo es dinero, dicen, y por

lo tanto no hay que malgastarlo. El miedo a no utilizar provechosamente su tiempo libre es hasta la fecha tan intenso como el de fracasar en el trabajo. Eso los impulsa a llenar los ratos de ocio con actividades diversas. El norteamericano medio no conoce el gusto del ocio por el ocio.<sup>12</sup> Nuevamente acudimos a la lista de valores para constatar que el control del tiempo sigue siendo para ellos de mucha importancia, pues, como le dicen a los extranjeros “es lo que les ha permitido ser extremadamente productivos”.<sup>13</sup> Gran contraste con la actitud mexicana y por supuesto fronteriza ante el control del tiempo.

Se ha dicho que otra de las características heredadas de los puritanos es la idea de la igualdad. “El puritano” nos dice Ortega y Medina “al fincar el mérito en el éxito personal sin hacer distinciones tajantes de clase o posición supuesto que lo que le interesa del hombre no es lo que es sino lo que sabe hacer. . . rompió definitivamente con los últimos estamentos señoriales”.<sup>14</sup> Según el estudio de valores citado, los norteamericanos actuales siguen dando mucha importancia al concepto de igualdad. Dicen que es lo que los hace parecer extraños ante los extranjeros en cuyos países se aprecia no la igualdad sino el rango, el estatus y la autoridad. Aunque los que hemos vivido en los Estados Unidos no hemos visto que se practique mucha igualdad, en teoría, sin embargo, es otra característica que ellos proclaman como propia. Aunada a ésta está el valor que dan a la informalidad, otra característica que choca con la formalidad de la generalidad de las socieda-

<sup>10</sup> Juan Ortega y Medina, *Destino manifiesto*, México, Septentas, 1973, pp. 96-98.

<sup>11</sup> L. Robert Kohls, *The values Americans live by*, Washington, Meridian International, 1984, p. 7.

<sup>12</sup> Agustín Basave, *Visión de Estados Unidos*, México, Ed. Diana, 1974, p. 280.

<sup>13</sup> L. Robert Kohls, *op. cit.*, p. 4.

<sup>14</sup> Ortega y Medina, *op. cit.*, p. 102.

des mexicanas. Sin embargo es este rasgo, tan norteamericano, el que más influencia ha tenido en la frontera ya que es una sociedad más igualitaria e informal que la del resto del país.

Los puritanos eran gente consciente de su misión como una clase históricamente autoritaria. Nunca hubo un pueblo más convencido de poseer la verdad. John Winthrop escribió: "Nuestro mejor consuelo y defensa es que enseñamos aquí la verdadera religión y los sagrados mandamientos de Dios Todopoderoso. . . por lo tanto, no dudamos de que Dios está con nosotros y si Dios está con nosotros, ¿quién puede ser nuestro enemigo?"<sup>15</sup> La posesión de la verdad y la misión a regenerar al mundo con ella se convirtieron en dos de las características esenciales de los fundadores de los Estados Unidos. Como tales han tenido gran importancia en el desarrollo de su historia. Con el transcurso del tiempo la verdad religiosa se secularizó y pasó a ser una verdad política: el sistema republicano. Consistentes con sus principios los norteamericanos se dedicaron a implantar ese sistema, por las buenas o por las malas, en todos los pueblos del mundo, justificando así, aun para sí mismos, sus anhelos de dominio. El estudio citado, por supuesto, no menciona la creencia en la posesión de la verdad y la misión a regenerar al mundo como dos valores en su lista, pero las engloba en lo que el estudio llama "la creencia en el control personal sobre el ambiente" donde explican que "los americanos se ven obligados a hacer lo que siete-octavos del mundo están seguros que no se puede hacer".<sup>16</sup> Ahí es quizá donde conver-

<sup>15</sup> Citado por Daniel Boorstin, *Historia de los norteamericanos, la experiencia colonial*, Buenos Aires, Tipográfica Editora Argentina, p. 9.

<sup>16</sup> L. Robert Kohls, *op. cit.*, p. 3.

gen de nuevo con la región fronteriza. Los nortefios, en general, creen estar obligados a hacer lo que el resto del país no puede o no quiere.

La manera de entender la riqueza constituyó también una diferencia fundamental con el mundo católico y latino. Calvino fue el primero de los reformadores protestantes en romper con la prohibición católica de la usura. Llegó a esa postura por ser jefe de una comunidad burguesa que vivía del comercio. Justificó todas las actividades económicas con tal que se llevaran a cabo bajo la vigilancia de la iglesia calvinista. Sin embargo, la ostentación y los gastos superfluos estaban prohibidos. La pobreza, que había sido respetada y hasta exaltada en el cristianismo medieval fue para los discípulos de Calvino un estado despreciable y la prueba de ociosidad y de vicio. Los países católicos eran y son a los ojos anglosajones un escándalo tanto por su ostentación como por su pobreza. Ellos creen que las sociedades que no mejoran son por pereza, de ahí que las regiones pobres y negligentes de la frontera sean para ellos un escándalo.

Los puritanos estaban seguros de su derecho a la tierra no cultivada porque el hombre debía glorificar a Dios por medio del trabajo. John Winthrop, primer gobernador de Massachusetts escribió:

- Lo que yace baldío y nunca fue ocupado ni sometido está al alcance de quien lo ocupe y mejore, pues Dios ha dado a los hijos de los hombres un doble derecho a la tierra, hay un derecho natural, un derecho civil. . .<sup>17</sup>

Esos comentarios religiosos fueron recogidos por generaciones posteriores y el mismo John Quin-

<sup>17</sup> Citado por Albert Wimberg, *Destino manifiesto*, Buenos Aires, Ed. Paidós, p. 81.

cy Adams afirmó que era el mejor argumento para su expansión. La conclusión lógica fue que ellos debían trabajar la tierra si sus dueños no lo hacían. Perfecta justificación a su ambición territorial. En todo el mundo se encargan de hacer lo que no está bien hecho, pero para provecho propio. Ortega y Medina en su estudio sobre el Destino Manifiesto nos dice: "En el caso de los mexicanos desposeídos en Texas, Nuevo México y California, el argumento cohonestante para justificar el despojo. . . fue también de corte tradicional: que los mexicanos no obtenían de esas tierras el debido rendimiento".<sup>18</sup>

El presidente MacKinley recogió la tradición cultural y su inconsciente colectivo cuando, indeciso sobre si deberían o no quedarse con las Islas Filipinas, acabó declarando que lo haría "en bien de la humanidad y de la civilización". Aquí reproducimos el relato de lo que aconteció después de la guerra hispano-americana de 1898. El gobierno de los Estados Unidos decidió quedarse con las Islas y McKinley explicó su decisión a un grupo de clérigos metodistas:

- Más de una noche me puse de rodillas y oré a Dios Todopoderoso para que me diese luz y guía. Una vez, ya muy entrada la noche, me llegó en esta forma (no sé cómo sucedió pero vino): 1) que no podíamos entregarlas de nuevo a España, hubiera sido un acto cobarde y deshonesto; 2) que no podíamos entregarlas a Francia o Alemania —nuestros rivales comerciales en el Oriente— éste hubiera sido un mal negocio y deshonesto; 3) que no podíamos dejarlas a los filipinos (no estaban capacitados para go-

bernarse a sí mismos y no tardarían en tener allí una anarquía y un desgobierno peores que el que les había dado España); y 4) que no nos quedaba otra cosa que hacer que tomarlas todas, educar a los filipinos, elevarlos, civilizarlos y cristianizarlos y, con la gracia de Dios, hacer lo más que pudiésemos por ellos, como a nuestros semejantes, por quienes también murió Cristo. Después me fui a acostar, cerré los ojos y dormí profundamente.<sup>19</sup>

He aquí después de dos siglos las mismas ideas y justificaciones que las empleadas por los puritanos de Massachusetts.

Para los puritanos el destino del país y la misión de organizar la comunidad formaban un todo inseparable. Tenían más interés en hacer funcionar sus instituciones que en discutir ideología. De ahí que durante años cuando los hombres de Nueva Inglaterra hablaban de lo que podían ofrecer al mundo no se refirieran ni a su credo ni a su iglesia sino a *su modo de vivir*. Como ya explicamos, dos de sus características principales fueron el sentirse poseedores de la verdad y responsables de la regeneración del mundo. Eso lo llevaron a cabo primero a través de la visión calvinista del evangelio, y segundo, cronológicamente hablando, con el ejemplo de su organización política y social todos aquellos que quisieran salvarse, ya no sólo religiosamente, sino económicamente, debían imitarlos. Herman Melville, literato del siglo diecinueve, pudo así anunciar al mundo: "Nosotros los americanos somos un pueblo diferente y elegido, el Israel de nuestros tiempos,

<sup>18</sup> Ortega y Medina, *op. cit.*, p. 122.

<sup>19</sup> Citado en Louis Wright, *Breve historia de los Estados Unidos*, México, Ed. Limusa, 1972, p. 362.

llevamos el arca de las libertades del mundo".<sup>20</sup> Loken Baritz en su estudio acerca de los mitos que llevaron a los Estados Unidos a la guerra de Vietnam dice que la frase de Melville es el texto necesario para entender lo que quiere decir ser norteamericano. Es la base del mito más viejo y más importante de los Estados Unidos, "la piedra fundamental del pensamiento ritualista de generaciones subsecuentes de norteamericanos". El mito, continúa Baritz, ayudó a establecer la ortodoxia nacionalista del país, a fijar un dogma, a sentar la línea de pensamiento norteamericano acerca de sí mismos y sus relaciones con el mundo.<sup>21</sup>

El pueblo norteamericano creyó que se le había dado la misión de ser la escuela del mundo y el privilegio de llevar a todos los países el conocimiento de la democracia. En 1836, en su mensaje de despedida, el presidente Jackson declaró a la nación que Dios había escogido a los Estados Unidos como guardianes de la libertad para preservarla a beneficio de la raza humana.<sup>22</sup> Recordemos que fue precisamente en ese año que Texas se independizó de México. El pueblo estadounidense interpretó ese movimiento como un paso más en el desarrollo de la libertad. Por lo tanto, la misión se convirtió en destino.

La vocación de regenerar el mundo fue desde el principio parte integrante del espíritu nacional. El Dr. Merck explica cómo ese sentido de misión se mantuvo siempre el mismo en cuanto a su esencia pero cambiante a través del tiempo en cuanto a sus fines.<sup>23</sup> Al principio de la historia de las trece colo-

nias se creía en el deber de regenerar a Europa por medio del ejemplo de una nueva vida libre de toda corrupción. A esa idea, los puritanos agregaron la misión de demostrar la pureza de su iglesia y la perfección de su modo de vida. Más tarde, después de la independencia, la misión cambió: desde ese momento consistió en dar a conocer las excelencias de su gobierno. Después de las vicisitudes de la Confederación y el nuevo triunfo con la redacción de una constitución aclamada como perfecta, la misión se constituyó en necesidad de exportar lo que consideraban un gobierno perfecto. . .

Para los norteamericanos el cambio es un valor en sí mismo. Lo equiparan al desarrollo, mejoramiento, progreso y crecimiento. Muchas culturas más antiguas consideran al cambio como una fuerza destructiva y valoran la estabilidad y la tradición, conceptos que los americanos aprecian muy poco. Para ellos el futuro es más importante que el pasado y el presente. Como dice el estudio antes citado casi toda su energía está dirigida hacia la realización de un futuro mejor.<sup>24</sup> De ahí que planean todo a larga distancia y se irritan ante gente que considere las épocas pasadas como mejores.

La idea de la misión original quería decir educar, liberar y mejorar al mundo. Estaban seguros de haber inventado un modo de vida mejor que el de los demás, y descubierto las grandes verdades que hacen libres a los hombres tales como los ideales de competencia y la libre empresa.

El *Destino manifiesto*, dice el Dr. Weinberg en su estudio acerca del tema, "expresó un dogma de autoconfianza y ambición suprema, la idea de que la incorporación a Estados Unidos de todas las regiones adyacentes constituía la realización virtualmente

<sup>20</sup> Citado en Burns, *op. cit.*, p. 2.

<sup>21</sup> Baritz, *op. cit.*, p. 13.

<sup>22</sup> *Ibidem*, pp. 4-8.


<sup>23</sup> Frederick Merck, *Manifest Destiny and Mission in American History*, Nueva York, Alfred A. Knopf, 1963, p. 9.

<sup>24</sup> "The values. . .", *op. cit.*, p. 4.



inevitable de una misión moral asignada a la nación por la Providencia misma".<sup>25</sup> En el trasfondo, nos dice, estaba una enorme hambre y sed de tierras. Había por lo tanto que justificarlas. Para ello se echó mano de una infinidad de argumentos. El proceder ideológico del gobierno de los Estados Unidos en sus relaciones con los demás (y muy particularmente con los senadores y representantes ante el Congreso) no parece ser más que una larga lista de sofismas. Sería perdonable si en eso se hubiesen quedado; lo triste es que los periódicos y otros medios de comunicación se encargaron y se encargan de hacerlos no sólo comprensibles sino deseables por el público en general. Esa tendencia a pensar que sus intereses son los intereses del mundo es una actitud inconsciente del norteamericano medio. Una actitud que como ya se ha dicho, es fruto de la tradición y de su sistema educativo, en una palabra, de su herencia cultural.<sup>26</sup> Al considerarse el pueblo elegido para defender los derechos humanos adquirirán también el derecho a constituirse en jueces de los demás. Como dice el profesor Weinberg, el pue-

blo que se atribuye ser el campeón de las libertades de los demás llegará a pensar que sus derechos son los derechos de la humanidad.<sup>27</sup>

El norteamericano de la frontera con México deriva de su superioridad económica la de su superioridad cultural y moral. Lo que no se asemeje al modo de vida norteamericana no es digno de tomar en cuenta. La actitud de sus vecinos mexicanos es ambivalente, por un lado hay gran admiración por sus logros económicos, por el otro un rechazo, más o menos fuerte, de los valores culturales y morales norteamericanos. Ante este cuadro de una cultura tan agresiva, tan dominante, tan fuerte en convicciones, es indiscutiblemente un mérito el que a través de los años la cultura de la frontera haya permanecido mexicana. Influencia cultural la hay, pero dominación no. Los habitantes de la frontera, al igual que sus antepasados, rechazan la transculturación y esta frontera constituye la región que sirve de valla al empuje del imperialismo cultural convirtiéndose así no sólo en parachoques sino en una verdadera defensa de nuestra identidad nacional. 

<sup>25</sup> Weinberg, *op. cit.*, p. 29.

<sup>26</sup> El profesor Baritz da el ejemplo del senador Robert Kennedy quien a pesar de que desde los fracasos de Vietnam el mito había perdido vigencia lo utilizó de nuevo en su campaña presiden-

cial porque era el mito tradicional "del derecho al liderazgo moral del planeta. . ." Baritz, *op. cit.*, p. 14.

<sup>27</sup> Weinberg, *op. cit.*, pp. 49-51.

---